

Después de la escapada

Antonio Pelayo

DE Berluskaiser a Berluscaos” era el expresivo título del periódico alemán *Frankfurter Rundschau* del pasado 10 de enero, para definir y valorar el trabajoso paso del gobierno presidido por el “cavaliere” al nuevo ejecutivo que tiene a su frente al ex ministro del Tesoro, Lamberto Dini.

En la ya poblada historia italiana de crisis de gobiernos –54 en apenas cinco décadas de república– la iniciada el 22 de diciembre de 1994 con la dimisión de Silvio Berlusconi ha sido, sin duda, una de las más graves y peligrosas. Tanto es así que el director de *La Stampa* de Turín, Ezio Mauro, no dudaba en publicar el 14 de enero en la primera página de su diario un editorial titulado “La posguerra”, en el que afirmaba: “Es bueno que se sepa que en este país la crisis de un gobierno ha corrido el riesgo de haberse convertido en una crisis de la democracia como no había sucedido nunca en la historia de la República”. Más que a un improbable, por no decir imposible, ruido de sables, el editorialista se refería a la abierta batalla entablada por el presidente dimisionario, su gobierno y los partidos que lo habían apoyado –con excepción de la Liga Norte de Umberto Bossi– contra la presidencia de la República y en cierto modo contra la Constitución.

La causa del enfrentamiento era la pretensión por parte de Berlusconi de que Scalfaro no tenía otra alternativa que disolver el Parlamento, a sus ojos desprestigiado, y convocar lo antes posible nuevas elecciones legislativas, a lo cual el jefe del Estado respondía que, en toda república parlamentaria, hacer o deshacer las alianzas políticas entre los diversos partidos no obliga siempre a convocar a los ciudadanos de nuevo a las urnas. En toda Europa hay decenas de ejemplos que dan la razón a Oscar Luigi Scalfaro y a sus consejeros. A pesar de ello los portavoces del presidente del Consejo han sembrado sus intervenciones de infames acusaciones de golpismo, de intervencionismo presidencial contra la soberanía popular o de maniobras antidemocráticas. En realidad lo que ha estado en juego durante estas semanas es nada menos que el concepto de democracia, tal y como viene siendo entendida en los países de Occidente: Berlusconi, *de facto* sustituye el consenso popu-

Antonio Pelayo, escribe habitualmente desde Roma como corresponsal de POLÍTICA EXTERIOR.

lar expresado por los ciudadanos libremente a través de los partidos o las formaciones políticas, con un populismo plebiscitario que establece entre el pueblo y su elegido un vínculo directo e irrompible, una “unción” similar a la que los monarcas recibían a través de la Iglesia, un liderazgo elaborado por el poder de los medios de comunicación y alimentado por los sondeos de opinión. Todo ello, claro está, hacia de él un personaje imprescindible, el hombre de la providencia, el “ungido” de las masas. Por eso pudo llegar a pensar, sin llegar a decirlo públicamente, “o yo o el caos”. Los hechos han venido a contradecirle pero es poco probable que hayan contribuido a hacerle cambiar de idea. Las próximas acciones que protagonice en el tablero político irán en la misma línea.

Silvio Berlusconi ha permanecido en su cargo de presidente del consejo de ministros siete meses y diez días. El 11 de mayo de 1994, él y sus ministros juraron los cargos en el palacio del Quirinal ante el presidente Scalfaro y el 22 de diciembre presentó su dimisión al jefe del Estado, antes de que la Cámara de Diputados votase dos mociones de censura, presentadas por la oposición y a las que había dado su apoyo la Liga Norte. Al día siguiente, en la insólita sede del Instituto Superior de Policía, daba una conferencia de prensa que era un balance triunfalista de su gestión y entregaba un volumen de casi 500 páginas con un pormenorizado diario de la actividad gubernamental¹. Como ha sido habitual en él durante toda su presencia en el palazzo Chigi, Berlusconi no tolera ni siquiera que se ponga en duda la eficacia de su acción al frente del gobierno. El *leit-motiv* de sus contactos con la prensa y con la opinión pública a través de sus múltiples apariciones en los canales de televisión, los propios y los del Estado, ha sido siempre unilateral: “todo lo hacemos bien y haríamos mucho más si nos dejaran gobernar”.

Acostumbrado por su larga experiencia como empresario a imponer sus criterios por encima e incluso contra los de sus colaboradores, no ha permitido nunca una corrección ni ha admitido una crítica. Hay además en su estructura psicológica otro componente que se ha traslucido en su estilo de gobierno: Berlusconi necesita gustar, complacer, quedar bien, *fare bella figura*, como dicen los italianos. Y esto, a costa de lo que sea. Sobre todo en los contactos internacionales ésta ha sido su línea de conducta y ha llegado a creerse que sus relaciones personales –por poner algunos ejemplos– con François Mitterrand (al que calificó en Nápoles de “artista de la política”); con el canciller Helmut Kohl; o con el presidente Bill Clinton, eran la base indispensable para que Italia

1. *Governo Berlusconi, sette mesi di attivita*, Vita Italiana (presidenza del Consiglio dei Ministri).

ocuparse el puesto que merece en el escenario mundial. También por esta razón su alejamiento del poder, que por supuesto considera sólo algo temporal, puede contribuir –según él– a debilitar la imagen externa de Italia.

No piensan así, sin duda, las cancillerías ni sus conciudadanos. Estos, que son además los que cuentan de verdad, no tienen la misma apreciación que él sobre su gestión económica que era, además, donde mayor margen de confianza había suscitado. La economía italiana va bien. Lo confirma el último informe del Istituto Nazionale per lo Studio de la Congiuntura, con fecha de 12 de junio²: “A comienzos de 1995, la economía italiana ha continuado reflejando una entonación positiva de la acción real, acompañada por tensiones en los mercados de divisas y en la Bolsa, motivadas en buena parte por la crisis política. La tendencia favorable de la actividad productiva deriva de la elevada demanda proveniente del extranjero, a la que se ha unido una recuperación de la demanda interna. A la consolidación de la fase expansiva, sin embargo, tardan en asociarse mejoras en el panorama general del empleo, mientras la lucha contra la inflación ha encontrado obstáculos a final de año”.

Como se recordará, uno de los eslóganes más frecuentes de la campaña electoral de Forza Italia fue el millón o millones de puestos de trabajo que iban a crearse en el primer año de gobierno. Esto habría quedado en otra vana promesa electoral si el mismo Berlusconi no hubiera incluso llegado a afirmar que, en los primeros meses de su mandato, se habían creado doscientos mil puestos de trabajo. Ahora bien, la última estadística del ISTAT (Instituto Central de Estadística) hecha pública en el mes de octubre, revela que durante el tercer trimestre de 1994 el número total de puestos de trabajo había descendido respecto al segundo semestre en un 1,3 por cien; pero no es sólo ésta la realidad del mercado laboral italiano, puesto que la misma fuente registra para el segundo y tercer trimestre del mismo año una flexión negativa del -2,4 por cien y del -2,1 por cien, respectivamente. En total, el índice de desempleo ha crecido un 12,1 por cien, es decir, un punto y medio más que cuando el “cavaliere” toma las riendas del gobierno. Otros parámetros de la llamada economía real –como las exportaciones– son más favorables para la gestión del equipo gubernamental por él presidido, pero sigue abierta la gran brecha de las finanzas públicas con la monumental deuda del Estado, a la que los presupuestos aprobados por el Parlamento para 1995 sólo oponen una primera corrección incompleta que necesitará además de una ma-

2. Isco Notiziari (Istituto Nazionale per lo Studio della Congiuntura), extraído de *Congiuntura Italiana* n. 1, enero 1995.

niobra financiera suplementaria, de la que se ocupará sin duda el nuevo ejecutivo presidido por Dini.

Otro dato que permite matizar el *satisfecit* que se ha otorgado Berlusconi por su gestión como primer ministro, es la reacción positiva de los mercados internacionales al anunciar el nombre de su sucesor. En pocas horas la lira recuperó 12 puntos sobre el marco y las bolsas experimentaron un notable incremento de sus actividades cerrando con índices muy positivos. Lejos de ser una catástrofe para la economía italiana, el abandono del mesiánico empresario que se vanagloriaba de tener la solución se ha revelado portador de efectos saludables. Pero los errores de Berlusconi son, en mi opinión, más evidentes en la esfera política que en la económica. Al no poder enumerarlos todos nos referiremos a dos muy concretos: por una parte, la permanente confusión entre sus intereses privados y públicos y, por otra, la incapacidad para mantener unido el llamado “polo de la libertad” que ganó las elecciones del 27 de marzo.

La entrada en política del propietario del grupo Fininvest y su victoria en las urnas puso en primer plano la contradicción de que un empresario con intereses muy elevados en diversas esferas de la actividad como, por ejemplo, los medios de comunicación, ejerciese el máximo poder ejecutivo. La única medida real adoptada fue la renuncia a la dirección de su imperio, confiándola a su amigo y colaborador de toda la vida, Fedele Confalonieri. Todo lo demás ha sido humo arrojado a los ojos de sus adversarios políticos y de la opinión pública italiana e internacional cuando las circunstancias le obligaban a un gesto declamatorio: la famosa constitución del “comité de sabios” o el anuncio durante la conferencia de la ONU en Nápoles de que estaba dispuesto a vender parte de sus empresas, comenzando por aquellas situadas fuera de Italia como la española Tele 5. No sólo no se ha despojado de su patrimonio –con la excepción de la cadena de distribución Standa– sino que es difícil no ver el partidismo inherente en algunas de sus decisiones de gobierno; sobre todo, en las que se referían a sectores de la competencia como la televisión estatal RAI. El mismo hecho de que una parte del gabinete –puestos clave como el ministerio de Defensa, el ministro portavoz del gobierno, de Relaciones con el Parlamento o la secretaría de la presidencia– estuviese en manos de hombres de la Fininvest tenía que suscitar ambigüedades y malestar.

Donde claramente ha aparecido el “amateurismo” político de Silvio Berlusconi ha sido en su incapacidad para mantener unido y con unos márgenes de mínima coherencia el “polo de la libertad”. Es cierto que Umberto Bossi no le ha facilitado nada esta labor, pero para nadie era desconocida la complejidad de carácter del *senatur* y su necesidad de salvaguardar intactas algunas notas de su originalidad política. Ha acabado siendo profética la advertencia

del entonces líder del PDS, Achile Occhetto, de que la coalición de derechas sería incapaz de gobernar unida y de que este pecado original era insanable. En los meses en que han convivido y compartido el poder Forza Italia, la Alianza Nacional de Gianfranco Fini, la Liga Norte, el Centro Cristiano Democrático y los reformadores de Marco Panella, no sólo han alargado las distancias que les separaban, sino que las han agudizado hasta hacer inevitable la ruptura. Se podrá objetar que se trataba de una empresa casi imposible, pero un político –y Berlusconi ha demostrado no serlo todavía– tenía que haber previsto este elemento turbador y haberlo corregido a tiempo. Luego no sirven para nada el insulto y las acusaciones *a posteriori*. Porque, además, si se exceptúan las excentricidades y el deseo de protagonismo de Umberto Bossi, no todas sus críticas carecían de sentido y no respondían a unas exigencias del electorado que les había dado el triunfo. Me refiero a la campaña mantenida desde su llegada al poder por Berlusconi contra la Magistratura en general y contra el *pool* de jueces de Milán que ha llevado adelante la operación “Manos Limpias”.

Han sido reiterados los ataques de Silvio Berlusconi contra la Fiscalía de Milán –Xaverio Borrelli, Antonio di Pietro y sus compañeros– acusándoles de “vedetismo”, de intentos de subvertir el principio de la separación de poderes, de deseos de venganza, de manipulación en favor de intereses políticos, de voluntad de derribo del gobierno legitimado por las urnas. Este clima llegó a la exasperación cuando en septiembre se le comunicó un llamado *aviso di garanzia* con la obligación de presentarse a declarar ante el tribunal de la capital lombarda. Al final, obtuvo una victoria pírrica al provocar la dimisión del juez Di Pietro, el magistrado más famoso de Italia, aunque se haya obstinado después en presentarla como una consecuencia de las disensiones internas de la Fiscalía de Milán. Hay que aclarar que, en este caso, ni la Liga ni la Alianza Nacional se sumaron a los intentos descalificadores del líder de Forza Italia, ya que ambos partidos sabían muy bien que la opinión pública ha saludado siempre la acción de los jueces, como un elemento purificador de la corrupción política imperante en el país, y del alejamiento de la escena pública de personajes tan odiados como el ex líder del Partido Socialista, Bettino Craxi, huido del país y refugiado en su villa de Hammamet (Túnez). Estos y otros errores provocaron a finales de 1994 un clima tan enrarecido que bloqueó toda la acción gubernamental. Se salvó de la quema la Ley de Presupuestos del Estado, porque un vacío tal habría provocado el colapso de la economía, pero ya nadie albergaba dudas sobre el hecho de que una vez aprobada por el Parlamento, la que aquí denominan la *finanziaria*, había sonado el *gong* para la crisis gubernamental. Así fue. Tres semanas han durado las pacientes maniobras

de Scalfaro para encontrar la cuadratura del círculo: un jefe de gobierno que obtuviera el acuerdo casi unánime de todas las fuerzas políticas, con la excepción de los nostálgicos de Refundación Comunista. Hay que reconocer la habilidad del presidente de la República para dar con la persona apta, que permitiese a todos salvar la cara y asegurar una continuidad en el poder ejecutivo. El “pollo” no puede acusar al jefe del Estado de haber favorecido el llamado *ribaltone* (o gran vuelco) del veredicto de las urnas del 27 de marzo de 1994 y, al mismo tiempo, no haber cedido a las peticiones de Berlusconi: un gobierno-bis, presidido por él, un reenvío ante las Cámaras del Parlamento para verificar su apoyo (que no existía con las cifras en la mano), la formación de un gobierno-puente con vida prefijada o la inmediata convocatoria de elecciones anticipadas.

El hombre del “milagro” es Lamberto Dini, que había ejercido como ministro del Tesoro en el gabinete del telemagnate. Una personalidad rica en matices y contrastes. El nuevo inquilino del palazzo Chigi se sitúa, por algunos aspectos, en los antípodas de su predecesor. Por ejemplo, en la simpatía –es ya proverbial su gesto triste y refunfuñante– y en su rigor técnico que le ha hecho defender el proyecto de Ley de Presupuestos contra una marea de protestas populares. Los líderes sindicales tuvieron que acabar reconociendo, a regañadientes, que el ministro del Tesoro oponía a su ofensiva un discurso plenamente riguroso y coherente.

Florentino, de 63 años, de orígenes modestos hizo sus primeros estudios de economía en la Universidad de su ciudad natal. Por la brillantez de sus resultados académicos obtuvo una de las más prestigiosas becas del Banco de Italia y pudo proseguir su formación en las universidades de Massachusetts y Michigan. Finalizados los estudios, en 1959 entra a formar parte del Fondo Monetario Internacional y allí escala puestos cada vez más prestigiosos: codirector para asuntos africanos, representante de Italia en el Comité Ejecutivo y, por fin, director ejecutivo. En 1979 es llamado para uno de los cargos más importantes del Banco de Italia, director general, a las órdenes de Carlo Azeglio Ciampi. Las relaciones entre ambos fueron siempre corteses pero frías y cuando el gobernador es llamado por Scalfaro a dirigir el gobierno del país, Dini aspira naturalmente a sucederle, pero sus previsiones se revelan equivocadas y Ciampi designa como su sucesor a Antonio Fazio, vicedirector. Transcurren meses de travesía del desierto hasta que Berlusconi le ofrece el ministerio del Tesoro y le convierte en un superministro de Economía. Desde este puesto se ofrecerá la pequeña venganza de oponerse al candidato del gobernador a la dirección general que deja vacante y, sobre todo, intenta controlar la autonomía del Banco emisor. Su candidatura para suceder a Silvio Berlusconi circuló en los mentideros de la política desde el primer momento, jun-

to a las del ex presidente, Francesco Cossiga, de los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, Scognamiglio e Irene Pivetti, o economistas de renombre como el comisario italiano en Bruselas, Monti, y el ex presidente del IRI, Romano Prodi.

El 13 de enero, el Quirinal anunció que Scalfaro designaba a Lamberto Dini como presidente *incaricato*. En su primera comparecencia ante la prensa, anunció que se disponía a formar un gabinete compuesto por “personalidades desvinculadas de agrupaciones políticas y únicamente seleccionadas sobre la base de criterios de profesionalidad y de capacidad. Se tratará, en sustancia, de un gobierno formado por técnicos”. Como puntos básicos de su programa indicó cuatro grandes prioridades: la maniobra económica y financiera “para corregir las tendencias actuales y sostener la recuperación de la economía y del empleo”; la realización de la reforma del sistema de pensiones –objeto de violentas manifestaciones hasta que se desligó de la Ley de Presupuestos–; una legislación, aunque sea provisional, para el uso de los medios de comunicación a fin de salvaguardar la paridad de comparecencia de todas las fuerzas políticas; y, por fin una reforma de la ley electoral antes de la convocatoria de las elecciones regionales.

Con una celeridad que contrasta con los habituales tiempos lentos de la política italiana, el martes 17 de enero, Dini presentó al presidente de la República la lista de su nuevo gobierno. El equipo ofrecía al análisis bastantes novedades: era el primer ejecutivo lípidamente técnico de la historia italiana, ya que en su seno no figuraba ni un solo hombre político *stricto sensu*, es decir, ligado al aparato de los partidos políticos; es un gobierno de profesores universitarios, magistrados y altos funcionarios, elegidos por sus competencias profesionales y sus servicios al Estado, con un perfil de edades más bien viejo –sesenta años de media– y un espectro ideológico situado claramente en el centro-derecha. Se trata de un gabinete técnico, como lo había sugerido Scalfaro.

Las reacciones de la clase política no se hicieron esperar y provocaron la dimisión, antes incluso de jurar el cargo, de dos ministros (el de Comercio Exterior y el de Obras Públicas), por sospechas de vinculaciones con dos partidos. El “polo de la libertad” –con la excepción de la Liga, claro está– se lanzó a un doble frente de ataque contra Dini, a quien sin embargo ellos habían propuesto al jefe del Estado como alternativa a Berlusconi, y contra Scalfaro por no haberse plegado a sus dictámenes. Toda la clave de la discrepancia no es otra, en el fondo, que la exigencia de que los electores sean convocados a las urnas lo antes posible, a más tardar el 11 de junio. Sólo si se produce antes del debate parlamentario una promesa pública y solemne en este sentido, los diputados y senadores de Forza Italia, de sus aliados, votarán la confianza al gobierno Dini.

Desde la oposición, por el contrario, no se tardó en aprobar la honestidad del nuevo presidente del Consejo, al haber sido capaz de encontrar un cualificado grupo de tecnócratas y, con la excepción de por lo menos una parte de Refundación Comunista, se disponen a votar favorablemente a Dini y sus ministros.

La aritmética parlamentaria es muy frágil, puesto que hay dos variables que pueden decidir la suerte del 54 gobierno italiano (el récord de brevedad lo tiene Giulio Andreotti, que en 1972 llegó a estar al frente de un equipo gubernamental sólo nueve días). La primera duda es cómo se comportarán los representantes de la Liga Norte, una vez que Bossi ha amenazado con la expulsión del movimiento a quien vote contra Dini. Los disidentes, liderados por el ex ministro del Interior, Roberto Maroni, controlan una cifra que oscila y de ellos puede venir la salvación o la perdición. Con menor importancia numérica, lo mismo puede decirse de Refundación Comunista, donde la línea oficial de su secretario, Fausto Bertinotti, no es compartida por un número indeterminado de parlamentarios. Nos movemos pues en la mayor incertidumbre.

Puede jugar, sin duda, una lanza a favor de Lamberto Dini el convencimiento de muchos de que su *bocciatura*, es decir, su caída, abriría una espiral de inestabilidad muy grave, puesto que como ya dijo Cesare Previtti, coordinador de Forza Italia: "la eventual derrota del gobierno ante el Parlamento sería la derrota del presidente de la República, que tendrá que sacar sus consecuencias".

Una crisis institucional podría tener para Italia funestas consecuencias, la primera de ellas, relegarla por muchos años al segundo "pelotón" de la UE, y sólo los partidarios de la *politique du pire* pueden jugar con la hipótesis de *impeachment* contra Scalfaro como han llegado a hacer los más exaltados corifeos de Berlusconi.

Un argumento que tiene mucho peso, es que celebrar unas elecciones sin antes haber reformado la ley electoral no contribuiría a clarificar las cosas. Según un estudio del CENSIS³, el 49 por cien de los electores italianos estima que no tiene una clara identidad política; el 46 por cien juzga poco importante el partido del candidato que van a votar; y el 20 por cien ha cambiado "drásticamente" de posición en los últimos tres años, cifra que sube a un 29 por cien cuando se llega a las tres últimas semanas antes de depositar la papeleta en la urna. Está claro que hay todo un espacio de mutabilidad imprevisible y que una disciplina electoral tan imperfecta como la actual puede contribuir a hacer aún más ingobernable este país por falta de mayorías compactas.

3. 28º Rapporto sulla situazione social del Paese. 1994 / CENSIS, Milán: Francoangeli, 1994.